TESTIMONIOS SOBRE EL SIERVO DE DIOS, H. BASILIO RUEDA GUZMÁN, HERMANO MARISTA

Un hombre de Dios excepcional, un santo.
He tenido la suerte de visitar y asistir a Basilio en su última enfermedad... Tuve ocasión de leerle los centenares de faxes y de cartas que le llegaban de todo el mundo marista. Los hermanos se le manifestaban muy cordiales y todos le decían que rezaban por la recuperación de su salud. Pero él decía: "Yo no rezo por mi salud, sino para que pueda cumplir la voluntad del Señor hasta el final". Abandono en Dios y desapego de la tierra.

Este hombre, cada vez más frágil por el progreso de su enfermedad, tenía progresivamente mayor dificultad para rezar. El h. Basilio ha conocido esta prueba, que le privaba de los consuelos del Señor. Varias veces me pidió que rezara con él. Como yo conocía sus preferencias por el Evangelio de Juan, los salmos, la Salve, y algunos cantos religiosos en español o en francés y por el rosario, le acompañaba muchas veces en su oración, muy diversificada. Sabiendo también su afición especial por el canto gregoriano, (la misa de Angelis) y por los cantos de Taizé y los del P. Cocagnac, yo le llevaba los casetes correspondientes que él podía escuchar, gracias a las atenciones de sus amables enfermeras. Era el mundo espiritual en el que se había desenvuelto toda su vida. Le gustaba rezar, "canturreando" con gran devoción, cosa que ya no pudo hacer el sábado, la víspera de su muerte. El h. Basilio recibió muchas visitas en su lecho de enfermo, y hasta continuó dirigiendo espiritualmente a algún hermano. Se deshacía en agradecimiento por todas las señales de afecto y de amistad que recibía de su familia y de sus cohermanos...

Yo pude oír sus últimas palabras: "Ya, Padre"... El domingo, 21 de enero de 1996, a las 9:45 h., en paz y serenidad, entregó su alma al Señor. Un hombre de Dios excepcional, un santo nos había dejado para alcanzar en el amor a Dios, que ardientemente amaba.

(H. Léonard Ouellet, FMS MENSAJE, n°19, pp. 11-12.)

Un santo, visionario del futuro.
Tengo al h. Basilio por un santo. Era un hombre verdaderamente entregado al servicio de los demás. En los viajes que realicé con él, llevándolo en auto de un lugar a otro, tanto aquí en Roma (viajes cortos) como en el Brasil (viajes de varias horas), aprendí mucho de él. Hablábamos poco, pero rezábamos mucho. A veces descansaba, a veces leía. Lo que más llamó mi atención fue su serenidad, su bondad, su amor por la Santísima Virgen, su pasión

por el instituto y su gran amor por los hermanos. Llevó a cabo un trabajo extraordinario a favor de la renovación de la vida de oración en la Congregación. Fue un gran visionario del futuro para el Instituto. Sus circulares proféticas prepararon al Instituto para su madurez, lo que se traduciría en las Constituciones de 1986.

En compañía de sus hermanos, siempre encontraba el modo de hablar con todos, y siempre con espíritu jovial, pero respetuoso. Cuando daba conferencias, si notaba cansancio en la audiencia, acudía a contar anécdotas para mantener la atención. ¡Cuántas "fioretti" podría yo contar!

En su relación con los cohermanos de comunidad del Consejo General, fue un marista ejemplar. Trabajaba a gusto con toda clase de personas, aún con los de más áspero carácter. Realmente impresionante fue la disponibilidad manifestada al ser reelegido como Superior General en 1976. Aún resuenan entre los que estuvieron presentes las palabras que pronunció en dicha ocasión. Fueron muestra de un claro testimonio de fe, de coraje, de esperanza y de inmensa confianza en Dios, en la Santísima Virgen y en Marcelino Champagnat.

(H. Claudio Girardi, Consejero General en tiempos del h. Basilio, 23 de octubre de 2001.)